

La ideología del desarrollo nacional en las ciencias sociales latinoamericanas

Ricardo A. Yocelevezky R.*

El término "desarrollo" es un componente normal de varios vocabularios, lo cual quiere decir que se lo usa con sentidos distintos, que tienen más o menos precisión, dependiendo del contexto. Sin embargo, esta situación no es en absoluto "natural". Es, por el contrario, el producto de un proceso histórico cuya comprensión puede ser de algún valor para los investigadores en ciencias sociales que se ocupan de los problemas de América Latina.

Por una parte, el desarrollo, como concepto, se constituyó en el núcleo de un complejo teórico-metodológico que, con todas las reservas del caso, denominaremos

Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura, UAM Xochimilco.

"paradigma",¹ alrededor del cual surgieron las ciencias sociales latinoamericanas como práctica institucionalizada y profesionalizada en los términos en que se han desenvuelto hasta hoy. Por otra, el destino del término estuvo marcado por el impacto que los aportes de las ciencias sociales tuvieron en la ideología de los distintos países de la región. Esto define dos ámbitos en los cuales examinar esta historia social de un término, los cuales, siendo claramente distintos, no son independientes entre sí. La complejidad que esto produce es grande, porque en las relaciones entre ellos surge buena parte de la variedad de significados que constituye, al mismo tiempo, la razón del éxito del término y la dificultad de su uso.

La incorporación del desarrollo como centro de la preocupación teórica de los científicos sociales latinoamericanos data de fines de la década de los cuarenta del presente siglo. Antes de eso, la noción de desarrollo tenía una connotación más restringida, en un uso, y más difusa en otro, pero en ningún caso ocupaba un papel central en alguna expresión relevante del pensamiento político, social o económico.

El uso más restrictivo del término en cuestión estaba asociado a las teorías organicistas de la sociedad, las cuales incorporaban la noción de desarrollo como una alusión metafórica al carácter biologista de su visión de la sociedad. Una versión particular de esto era la incorporación de la nación como unidad de análisis del pensamiento geopolítico, para el cual estas naciones tenían también un "ciclo vital" en el que cabía la noción de desarrollo en sentido metafórico. Sin embargo, siendo más o menos atractiva para el sentido común, esta metáfora vio restringida su difusión por la asociación del pensamiento geopolítico con la ideología fascista, especialmente en su versión alemana.²

En el sentido más difuso, la noción de desarrollo se identificaba principalmente con la idea de progreso, definido como el sentido más general de la evolución del ciclo vital de las naciones que constituían el modelo a seguir para los países latinoamericanos, esto

¹ Decir que se usa el término "paradigma" en alguno de los múltiples sentidos de Kuhn puede parecer sumarse a una confusión. Sin embargo, no se puede dejar de reconocer que es Kuhn, en *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, quien introdujo el término en su sentido de unidad de análisis para el estudio de la historia social de la ciencia, o del conocimientos en general, permitiendo incorporar lo ideológico como una dimensión que no se opone a "ciencia" como error, sino como un marco que hace posible y, al mismo tiempo limita el conocimiento, en el sentido definido por Jean Piaget y Rolando García en *Psicogénesis e historia de la ciencia*, México, Siglo XXI Editores, 1982. Así es como se intentará su uso en este trabajo.

² Jorge A. Vivó. *La geopolítica*, México. Centro de Estudios Sociales, El Colegio de México, s.f., (Jornadas, 3), pp. 13-14.

es, Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. Sin embargo, en este último sentido, la discusión latinoamericana se centraba en la visión comparativa de "adelanto" o "atraso" relativos, como calificativos de la situación o, incluso, en términos como "inferioridad"³ En cuanto al campo sustantivo en que se ubicaban estas preocupaciones, ellas eran claramente económicas. Los elementos "sociales" que se incorporaban a la consideración de los problemas del atraso económico relativo tendían a contener, más o menos explícitamente, argumentos de tipo racista.

La incorporación de la noción de desarrollo, ocupando un lugar central y con un conjunto de nuevas connotaciones en el pensamiento latinoamericano, está asociada con la formulación de las propuestas teóricas de Raúl Prebisch y la constitución de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de las Naciones Unidas, como encarnación institucional de ese pensamiento. Éste es un conjunto de hechos suficientemente amplio como para requerir de una exposición ordenada que destaque algunos puntos centrales. Entre éstos, es necesario decir algo sobre el contenido de las ideas que conformaban esta teoría, su significación en el campo de las ciencias sociales, su importancia política y sus repercusiones ideológicas.

Desde el punto de vista del contenido específicamente económico, la teoría desarrollista, como vino a ser conocida posteriormente, tiene como núcleo una crítica a la teoría convencional del comercio internacional. En particular, su propósito es mostrar que, empíricamente, es falso que el comercio internacional sea un mecanismo que distribuye las ventajas del progreso técnico a través del intercambio basado en ventajas comparativas. En el plano teórico se afirma la existencia de mecanismos que, por el contrario, a través del comercio internacional concentran esas ventajas en ciertos países, a los que esta teoría denomina centrales. Esos mecanismos operantes en el comercio internacional se expresan en la evolución de los precios de los tipos de productos intercambiados, los que por su distribución geográfica constituyen las bases de una división internacional del trabajo y de una estratificación de los países según grados de desarrollo. Los tipos de productos intercambiados expresan el grado de industrialización de los países, de tal modo que la exportación de productos industriales caracteriza a los países centrales, desarrollados, en tanto la exportación de productos primarios es la forma fundamental de incorporación al comercio internacional de las economías periféricas, subdesarrolladas. El mecanismo que produce la concentración de las ventajas del progreso técnico en los países centrales se puede ver comparando la evolución de los precios de ambos tipos de producto: una de

³ Un ejemplo es el libro de Francisco A. Encina, *Nuestra inferioridad económica*, originalmente publicado en 1911, reeditado por la Universidad de Chile en 1955(6ª ed., 1986).

las tesis centrales de este planteamiento es que los precios de los productos industrializados, exportados por los países centrales, tienden a subir más rápido que los de los productos primarios, exportados por los países periféricos. Para la crítica neoliberal, éste es "uno de los mitos más resistentes del tercermundismo".⁴

Sin considerar el resto de la teoría, reduciéndola sólo a este núcleo, las consecuencias de su planteamiento se extienden a campos tan variados como el de la lógica de nuestra visión histórica, el de la teoría de las distintas disciplinas que se cuentan en las ciencias sociales, el de los estudios empíricos, la política y la ideología.

Para las visiones predominantes hasta entonces de los problemas de los países latinoamericanos en términos de "atraso", con fundamentaciones culturales o más directamente racistas, aparece una explicación alternativa, en la cual lo que opera son mecanismos económicos que, si no eliminan otros factores, al menos los reducen a una condición subordinada en la explicación del funcionamiento del sistema económico internacional. Esta visión abre posibilidades distintas para la consideración más general del sentido de las historias nacionales latinoamericanas. Por una parte, si se quiere seguir pensando que la historia mundial tiene una dirección ya determinada para todos los países, en que los hoy desarrollados representan el futuro de los que van más atrás, el problema que aparece es que entre los dos tipos de países hay una brecha que, lejos de ser llenada por la participación de los "atrasados" en el comercio internacional, tiende a ampliarse como producto de esa misma participación. Por otra parte, una posibilidad lógica que aparece es no considerar más a la historia como unidireccional, con o sin brecha entre los dos tipos de países, sino como dos historias distintas, la del desarrollo por una lado y la del subdesarrollo por otro. Esta última visión se difundió más tarde y como crítica a los planteamientos cepalinos. Sin embargo, es importante señalar el origen de la posibilidad de este planteamiento.

En el terreno de la economía, este planteamiento implicaba un campo de problemas cuya exploración requería no sólo la elaboración de herramientas conceptuales, sino también la construcción de instrumentos de medición (por ejemplo, el índice de deterioro de la relación de precios del intercambio). Para algunos economistas es tema de discusión la originalidad de la aportación de Prebisch y la CEPAL, tanto desde el punto de vista teórico como desde el de la significación empírica de su contribución.⁵ Sin embargo, hay

⁴ Guy Sorman. *La nouvelle richesse des nations*, París, Éditions Fayard, 1987, p.35.

⁵ Ver el artículo de Fernando H. Cardoso, "La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo", Santiago de Chile, Revista de la CEPAL, núm. 4, segundo semestre de 1977.

elementos para afirmar que, al menos formalmente, las ciencias sociales en general reconocen esta teoría como un aporte original, para algunos el único, hecho por un latinoamericano.⁶

Donde no hay duda de la importancia de estas ideas es en el proceso de implantación, profesionalización e institucionalización de otras ciencias sociales en América Latina. Especialmente la sociología, que llegó a ser casi el prototipo de las "profesiones nuevas" de los años sesenta, tiene su historia marcada por la influencia del desarrollismo. Examinar esta parte del proceso requiere incorporar los aspectos políticos e ideológicos del pensamiento desarrollista.

Una consecuencia central del análisis de Prebisch era la importancia del proceso de industrialización de la periferia como forma de superar el subdesarrollo. Los países más grandes de América Latina habían emprendido el camino de la industrialización por una vía original, producto de la coyuntura histórica creada por la crisis de 1929 y la consecuente caída del comercio mundial, que se prolongó hasta fines de la Segunda Guerra Mundial: la llamada industrialización sustitutiva, es decir, el reemplazo por producción nacional de algunos productos manufacturados que los países centrales dejaron de exportar. La propuesta práctica de la CEPAL era hacer de la política de industrialización el eje de una política global de desarrollo. La clave sería la prolongación y profundización de las condiciones favorables a la industrialización de al menos parte de la periferia que había creado la coyuntura histórica referida, una vez desaparecida esta última.

La aplicación de este programa ponía tareas técnicas pero también políticas. Limitándose explícitamente a las primeras, de hecho, la CEPAL contribuyó a crear las condiciones ideológicas que hicieron posible, en el plano político, los intentos varios de aplicación de estas ideas que tuvieron lugar en los países de América Latina. Por una parte, la asesoría técnica de la CEPAL a los gobiernos de la región para la elaboración de planes de desarrollo incluía la formación de algún personal en técnicas de planificación. Sin embargo, los requerimientos de información para la elaboración de diagnósticos que sirvieran de base a dichos planes fue también un impulso para la creación, redefinición o ampliación de los estudios de las varias disciplinas de ciencias sociales en las universidades de la región. De esta manera se produjo un proceso complejo puesto que las nuevas carreras de ciencias sociales (sociología, ciencia política, antropología, economía en algunos casos, etc.)

⁶ Ver el listado de las contribuciones originales a las ciencias sociales en el siglo XX, elaborado por Karl Deutsch y reproducido por Daniel Bell en *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alianza Universidad, 1984, pp. 28-37.

fueron creadas adoptando orientaciones vigentes en Europa y en los Estados Unidos, pero | seleccionando los contenidos teóricos, metodológicos y técnicos a través de un filtro proporcionado por la problemática definida por la teoría desarrollista, usada como criterio de relevancia.

El caso más claro de este fenómeno es el de la sociología, para la cual coincidieron la orientación europeizante de los profesores más tradicionales de esa materia, los llamados "sociólogos de cátedra", con la casi completa ausencia de investigación empírica para hacer que la nueva generación, la primera de sociólogos profesionales, se inclinara hacia la sociología norteamericana, más exitosa y fecunda en ese tiempo, pero también más relevante para la problemática del desarrollo por su contenido: la teoría la modernización.⁷

El efecto de toda esta proliferación de intereses se hizo sentir en el campo de origen. La teoría desarrollista, restringida al campo de la economía en un principio, se fue haciendo más compleja. A la primera precisión de la diferencia entre "desarrollo" y simple crecimiento económico, que incorporaba una visión cualitativa, más estructural, del proceso económico, siguió la concepción de los aspectos sociales del proceso,⁸ con lo cual el concepto se transformó en interdisciplinario, desarrollo económico-social, lo cual significó la confección de un sistema de indicadores que incorporó variables no económicas al diagnóstico de la situación de los países latinoamericanos.

La teoría contenía ya un modelo general de sociedad desarrollada y de sociedad subdesarrollada, el cual no se limitaba a la economía puesto que incluía las características de la estructura social y terminó por generar incluso lo que quizá sea la noción más espuria: el desarrollo político. La importancia intelectual de estas ideas alcanzó quizá su máxima expresión al proponer un criterio de periodización de la historia económica de América Latina, que en la década de los cincuenta comenzó a dar lugar a una serie de verdaderas reinterpretaciones, no siempre reconocidas, de la historia económica y social de algunos países de la región. Se trataba de la distinción entre "crecimiento hacia afuera" y "crecimiento hacia adentro", que caracterizaba el paso de la adaptación pasiva de estos países al mercado mundial como exportadores de materias primas a la política activa de desarrollo nacional, primero espontánea y luego consciente, centrada en la industrialización como eje dinámico del desarrollo.⁹

⁷ Es el caso muy notable de Gino Germani.

⁸ Ver el libro de José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, Buenos Aires, Editorial Solar- Hachette, 1964.

⁹ Ver las obras ya clásicas de Aldo Ferrer, Anibal Pinto, Celso Furtado y otros asociados y discípulos de Prebisch.

La transformación de esa política de espontánea en consciente marcaba el triunfo de la noción de desarrollo en el campo ideológico: la aparición del "desarrollo" como meta nacional de legitimidad incuestionable, lo cual se reflejó en la incorporación del término al lenguaje de los políticos y los periodistas, especializados o no. El costo de su éxito para el desarrollo fue la ambigüedad con que se comenzó a usar su nombre. Para algunos se trató sólo de un cambio de lenguaje, en el que subdesarrollo era sólo una forma rebuscada de decir "atraso".

Sin embargo, esto no era sólo producto de la vulgarización, a través de la cual el sentido común se apropia de un término rebajando su contenido teórico. En el campo mismo de las ciencias sociales la noción de desarrollo había ido perdiendo precisión teórica al mismo tiempo que iba ganado en contenido empírico. Ya para la década de los sesenta se contaba con un conjunto amplio de indicadores que permitían diferenciar desarrollo de subdesarrollo en sus consecuencias económicas y sociales, pero no apuntaban explícitamente a una explicación teórica de la génesis de esas situaciones.¹⁰

Las razones por las que la ideología desarrollista llegó a ser dominante en América Latina, dentro de distintas configuraciones de fuerzas políticas se ubican, a mi entender, en dos elementos: 1) Una propuesta, implícita en algunos casos y explícita en otros, de alianza social, y 2) La posibilidad teórica de dicha alianza de ser justificada en términos de tres corrientes teórico-políticas: el nacionalismo, el socialismo (dominado por los Partidos Comunistas o izquierda tradicional) y las corrientes modernizadoras. En los hechos, lo dominante en cualquier momento dado y en cualquier caso concreto era alguna combinación de estos elementos.

El origen de esta ambigüedad no era ningún malentendido conceptual sino la consecuencia natural de la heterogeneidad de la alianza política que, con marcos ideológicos distintos, justificaba, apoyaba y esperaba obtener provecho de la amplia alianza social que los planteamientos desarrollistas definían como eventuales beneficiarios de las políticas que propugnaban. En teoría, el proceso industrializador beneficiaría inmediatamente a la burguesía industrial urbana (y supuestamente "nacional") y a sus aliados en el gobierno, las clases medias dependientes del Estado, tanto civiles como militares. Sobre ese eje, la alianza social podría incluir a la creciente clase obrera urbana y, más tarde, a los campesinos, a quienes beneficiaría tanto una posible reforma agraria como una redistribución progresiva del ingreso que los habilitara como demanda para los productos industriales que se orientaran al consumo popular.

¹⁰ Este sistema de indicadores constituye, por ejemplo, la estructura del *Anuario Estadístico* de la CEPAL.

La amplitud de la alianza social propuesta por el desarrollismo hacía posible una política integradora, de la cual los únicos eventuales excluidos serían los miembros de las oligarquías terratenientes, tradicionales o feudales, según distintas conceptualizaciones que, sin embargo, buscaban fundamentar la misma propuesta. El liderazgo ideológico y político de una tal alianza social debería recaer "naturalmente" en la burguesía industrial y sus aliados en las clases medias a cargo de los aparatos del Estado. La "tarea histórica" asignada a estos sujetos sociales era el desarrollo capitalista nacional independiente. Esto aparecía como posible y necesario desde la vertiente analítica desarrollista, que postulaba la alianza social en los términos ya expuestos, así como de otra distinta, que sustentaba la estrategia de la izquierda tradicional.

Para el marxismo ortodoxo, la situación de los países de América Latina, a pesar de su más que centenaria independencia política, era asimilable a la de las colonias y definida como semi-colonial y atrasada. El atraso consistía en la supervivencia de rasgos feudales en la economía y la sociedad de estos países, los cuales constituían obstáculos al desarrollo capitalista industrial. Este atraso en el tránsito del modo de producción feudal al capitalista explicaría y justificaría, por una parte, los fracasos políticos de los comunistas, atribuibles al insuficiente desarrollo de la clase social definida como fuerza motriz de la revolución socialista, el proletariado industrial, debido a lo incipiente, cuando no inexistente, del proceso de industrialización en estos países; mientras que, por otro lado, fundamentaría y justificaría una alianza política en la que los comunistas subordinaran sus propósitos estratégicos dentro de un frente, encabezado por la burguesía y sus aliados en el aparato del Estado, que se propusiera un desarrollo nacional independiente centrado en un proceso de industrialización, que sería el motor de la "puesta al día" con las tareas históricas pendientes.

En los términos más generales, el espectro conjunto de pensamientos susceptibles de apoyar estos proyectos de desarrollo nacional configuraban una posición "progresista" y "nacional". Ambos términos son lo suficientemente ambiguos como para servir de definición a alianzas políticas de distinto tipo. El doble sentido de lo nacional incluía, por un lado, la amplitud de la alianza social y, por el otro, un vago antiimperialismo, que prestaba un énfasis retórico que a veces venía muy bien, tanto en campañas políticas internas como en figuraciones internacionales. Por su parte, el desarrollo podía ser visto como superación del "atraso" (o "modernización"), o bien como una contribución al cambio de la estructura global del capitalismo desde la periferia (otra faceta de "modernización") o, todavía más, como una fase pendiente de desarrollo del capitalismo "nacional" (con o sin una revolución burguesa asociada, pero con connotaciones antiimperialistas), que preparara las condiciones estructurales para una posterior fase de lucha por el socialismo.

Desde la perspectiva propiamente desarrollista, sólo el proceso de industrialización permitiría una mayor participación de los países periféricos en los beneficios del progreso técnico. Las limitaciones históricas de la capacidad de ahorro interno, que redundaban en la debilidad de la burguesía y del proceso mismo de industrialización, requerían de un fuerte apoyo del Estado, que no sólo participara sino que hiciera de la industrialización de cada país el eje de su política de desarrollo nacional.

Las ciencias sociales se institucionalizaron y profesionalizaron en las universidades latinoamericanas con el soporte de algunos organismos internacionales, como el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), asociado a la CEPAL, y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), patrocinada por la UNESCO, formando el personal especializado que pudiera ejercer la función de soporte técnico en economía, sociología, demografía, antropología, estadística, ciencia política, administración, etc. y en general toda la amplia gama de conocimientos asociados con el proceso de cambio definido como "desarrollo", cuya complejidad creciente hacía surgir las nuevas demandas de conocimiento y de especialistas que lo produjeran.

Todas estas coincidencias contribuyeron a generar un consenso básico acerca del desarrollo como meta nacional. El obstáculo principal aparecía fuera del país, en la medida en que los temores compartidos giraban alrededor de la posibilidad de que Estados Unidos, como potencia hegemónica en el sistema internacional, reemplazara a Gran Bretaña, tomando el papel de proveedor de productos industriales, y arruinara a la incipiente industria nacional. Al respecto, el planteamiento desarrollista era que había que negociar los términos de la participación del capital extranjero, subordinándolo a las necesidades de la política nacional de desarrollo. La posición de Estados Unidos era que el capital extranjero contribuiría al desarrollo si tan sólo se le proporcionaban condiciones que no estorbaran su funcionamiento. La contradicción entre las expectativas de unos y otros quedó clara desde el comienzo del periodo, cuando en la reunión de cancilleres de Bogotá en 1948, se pidió un "Plan Marshall para América Latina", obteniendo una respuesta negativa por parte del gobierno norteamericano puesto que en América Latina no había habido guerra.

La alianza social y política que podía respaldar estas políticas generó formas organizativas, expresiones ideológicas y procesos políticos muy variados. Entre ellos destacan la revolución boliviana, el frustrado intento de desarrollo independiente de Guatemala (origen lejano del conflicto que se pretende terminar hoy), el derrocamiento de Rojas Pinilla en Colombia y de Pérez Jiménez en Venezuela. Sin embargo, la experiencia de los países más grandes generó la imagen más duradera asociada con este periodo: el populismo encarnado en Brasil por Vargas, en Argentina por Perón y la alianza cardenista en México,

prolongada y modificada en la acción del partido reformado durante el periodo de gobierno de Lázaro Cárdenas. A esto habría que agregar el Frente Popular chileno.

En conjunto, se puede decir que el factor dominante, tan ambiguo como las ideas desarrollistas, que proporciona el pegamento de las varias alianzas políticas es el nacionalismo que, legitimado por un anticomunismo muy propio de la Guerra Fría intentada, con mayor o menor timidez, renegociar el destino de las exportaciones primarias de la región, factor definitorio del financiamiento de todo el proyecto de desarrollo. Habiendo consenso en la dirección del proceso de cambio, los conflictos políticos tendían a expresar diferencias respecto de cuestiones como la profundidad y el ritmo de los cambios. Las evaluaciones de la época tendían a mostrar insatisfacción con lo logrado, por lo cual resulta explicable el impacto que tuvo la Revolución Cubana de 1959.

Al margen de lo que se piense hoy, la Revolución Cubana es un nudo en la historia de América Latina, en el sentido de que forma parte necesaria de la explicación de casi todos los fenómenos políticos e ideológicos ocurridos en la región a partir de 1959.

Es necesario recordar que, en su primera etapa, Cuba y su revolución eran caracterizados como compartiendo todas las ambigüedades que hemos reseñado como componentes del clima ideológico de América Latina en tiempos de la Guerra Fría y el desarrollismo. Lo que desató su radicalización fue el conflicto con los Estados Unidos a propósito de la nacionalización de empresas propiedad de norteamericanos. La primera impresión fue que los cubanos enfrentaban los obstáculos al desarrollo, particularmente aquéllos relacionados con el destino de los productos primarios exportables, con una decisión (voluntad política, en jerga de hoy) que incluso los intelectuales incorporados como técnicos en los equipos de diseño y evaluación de programas de desarrollo, en particular los economistas, echaban de menos en otros países. Eso produjo una atracción que llevó a Cuba a un importante número de economistas latinoamericanos, tanto marxistas como desarrollistas, para prestar sus servicios en esa experiencia de desarrollo nacional. De este modo, Cuba entró en la imaginación política latinoamericana primero como un caso de desarrollo nacional. Al declararse socialista la Revolución Cubana se produjo una diferencia de interpretaciones entre quienes adherían a la teoría conspirativa del engaño y la traición de los hermanos Castro y quienes imputaban el desarrollo de los acontecimientos a la obcecación de los gobiernos de Eisenhower, primero, y Kennedy después. De cualquier manera, este enfrentamiento definió el destino posterior de Cuba y su impacto político e ideológico en América Latina.

El máximo éxito de las ideas desarrollistas en el campo político fue el haber sido adoptadas como orientadoras de la política norteamericana hacia América Latina en su

intento por neutralizar el efecto del ejemplo de la Revolución Cubana en la década de los sesenta: la Alianza para el Progreso.¹¹

Como toda revolución triunfante, la cubana fue primero conceptualizada como modelo de acción político-militar para la toma del poder. Los textos que parecían expresar mejor la experiencia cubana eran los del "Che" Guevara,¹² y fue recogida por grupos de jóvenes universitarios, la nueva generación de la élite política, vinculados a los partidos, que en algunos casos ya habían participado del poder político algunas veces, y en general, organizaciones que representaban el pensamiento nacionalista de los intelectuales de las clases medias, vagamente antiimperialista, y que en su evolución posterior han terminado por vincularse a la socialdemocracia internacional (aun cuando en los años sesenta no abundan los autores que los caracterizaran como tales¹³). No fueron los comunistas los que produjeron la primera ola "castrista" en América Latina.

La radicalización de la Revolución Cubana, con la proclamación de su carácter socialista, pareció dar un contenido sustantivo a lo que aparecía sólo como una propuesta de método, la lucha armada para la toma del poder y la guerra de guerrillas como esquema táctico. Con estos primeros planteamientos surgió lo que se llamó "castrismo", en palabras de Régis Debray, o "nueva izquierda", como se autodenominaron algunos grupos de esta tendencia. En la confrontación ideológica entre la nueva izquierda y la izquierda tradicional surgieron algunos temas que iban a ocupar la primera línea en el desarrollo de las ciencias sociales en ese periodo.

A la Revolución Cubana se le atribuía un doble significado empírico, relacionado con los dos análisis que justificaban la alianza social y política, descrita más arriba como característica del desarrollismo. Ya mencionamos a los economistas cepalinos, para los que ella significaba la superación de los obstáculos políticos a la aplicación de una política de desarrollo coherente, en tanto que para la izquierda tradicional, la declaración del socialismo como meta de la revolución invalidaba todo su análisis. El socialismo no sólo era una meta alcanzable en ese mismo momento, sino que no era necesario esperar una etapa intermedia de industrialización, democratización burguesa e independencia nacional.

¹¹ Esta historia está contada en Levinson y De Onís. *The Alliance that lost its way*, Chicago, Quadrangle Books, 1970.

¹² Ver "La guerra de Guerrillas" (1960); "La guerra de guerrillas un método" (1963); "Pasajes de la guerra revolucionaria" (1963), todos en *Obras Escogidas de Ernesto "Ché" Guevara*, t. I, Madrid, Fundamentos, 1977.

¹³ Un caso es Sergio Molina, *El proceso de cambio en Chile. La experiencia 1965-1970*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria-ILPES-Siglo XXI, 1972.

Todas esas metas eran posibles al mismo tiempo, en una sola revolución, que, además, implantaría el socialismo como una vía de desarrollo, meta nacional frustrada por la práctica de las políticas desarrollistas en el capitalismo.

Justificar un programa tan ambicioso sólo con la táctica político-militar de la guerra de guerrillas no parecía suficiente. Las tesis del "foco guerrillero" no eran tan simples; planteaban la posibilidad de la toma del poder por una vanguardia suficientemente decidida e ilustrada, que condujera a las masas desposeídas de cada país. Éstas, por definición, eran las masas rurales, en la mayoría de los países, o las masas de migrantes que constituían los cordones de miseria alrededor de las grandes ciudades. Para la visión ortodoxa, no tenía sentido plantear una revolución socialista sin un proletariado que asumiera el papel protagónico

Se puede afirmar que el gran tema de las ciencias sociales latinoamericanas a partir de los primeros años sesenta y por los siguientes diez años, más o menos, fue la definición de las clases sociales y su potencial revolucionario. Esta problemática es la semilla de los varios desarrollos conocidos como "teorías de la dependencia", las que en conjunto constituyen lo que se podría definir como el segundo paradigma dominante en las ciencias sociales latinoamericanas, reemplazando al "desarrollismo", que hemos definido como su paradigma fundacional.

El argumento acerca de la posibilidad de que otras clases que no fueran el proletariado desempeñaran el papel protagónico en la revolución que figuraba en la agenda se vio reforzado por los escritos de Frantz Fanon, en particular por *Los condenados de la tierra* (1961). Sin embargo, las tesis de la izquierda tradicional no habían dominado a la intelectualidad de izquierda sin oposición. En especial, la tesis del feudalismo o los rasgos feudales supervivientes en el agro latinoamericano habían sido criticados por algunos autores de tendencia trotskista, para quienes la teoría de la revolución por etapas era un engendro más del stalinismo. La crítica se planteaba en dos planos, el de los conceptos de modo de producción y el de la historia concreta, al cuestionar que España, al tiempo de la conquista de América, fuera una sociedad feudal. Este cuestionamiento era interesante al replantear de paso la idea de una revolución burguesa, conceptualizada a partir de la Revolución Francesa, como fin del feudalismo.¹⁴ Sin embargo, el autor más influyente entre los que criticaron la tesis del feudalismo fue André Gunder Frank, quien planteó el carácter capitalista de las sociedades latinoamericanas como la causa fundamental del subdesarrollo.¹⁵

¹⁴ Luis Vitale. "América latina: ¿feudal o capitalista?", en James Petras y Maurice Zeitlin (comps.). *¿América Latina: reforma o revolución?*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, pp. 33-42. ¹⁵ Ver: "Destroy Capitalism, not Feudalism", *Monthly Review*, December 1963; *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (1967), Inglaterra, Pelican Books, 1971; *El desarrollo del subdesarrollo* (1969), Barcelona, Anagrama, 1971.

El carácter capitalista de las sociedades latinoamericanas estaría dado, en esta visión, por su participación en un sistema mundial capitalista, lo cual determinaría el destino de la producción, sin importar, en la definición de ese carácter, la forma de organización de ésta. Por el contrario, para el marxismo ortodoxo, la sucesión de modos de producción era el determinante de la estructura de clases, y las clases existentes definirían las posibilidades estratégicas (qué revolución hacer) y tácticas (con cuáles aliados).

La discusión incluyó no sólo a los marxistas, ortodoxos o no, sino al conjunto de las ciencias sociales, revolucionarias o no. Un ejemplo es la contribución de Cardoso y Faletto, que planteando el problema de las características político-ideológicas del proceso de cambio de modelo de desarrollo en los países latinoamericanos (del desarrollo hacia fuera al desarrollo hacia dentro), definen el carácter de los actores sociales (clases) y las alianzas entre ellos en función de la forma de conexión de cada país con el mercado mundial.¹⁶

Otro caso distinto es el del sociólogo Roger Vekemans, quien constatando la insuficiencia del desarrollo industrial de los países de la región para constituir a los sectores populares en un proletariado como el que recetaban los manuales, desarrolla una teoría de la "marginalidad" para definir a estas masas crecientes de pobres, en un esquema que buscaba lo contrario de los marxistas, es decir, prevenir la ocurrencia de una revolución. La característica principal que atribuía Vekemans a los marginales era el no ser organizables de acuerdo con definiciones "clasistas", lo cual los dejaba en disponibilidad para ser organizados y movilizados en proyectos de desarrollo nacional populistas o nacionalistas.¹⁷

En la discusión acerca de las clases y sus posibilidades como actores políticos, en la segunda mitad de los sesenta comenzó a difundirse una versión de la teoría marxista que, tomando nota del problema planteado por los dependentistas y la nueva izquierda, buscaba fundar una nueva ortodoxia, basándose en la obra del filósofo francés Louis Althusser y el politólogo greco-francés Nikos Poulantzas. El problema que planteaba la definición de las sociedades latinoamericanas como capitalistas o feudales se intentaba solucionar atribuyendo al concepto "modo de producción" un nivel de abstracción que lo privaba por sí mismo de referentes empíricos, reservando para la realidad de los países el concepto de "formación social", definido como combinatoria de diferentes modos de producción, entre los cuales uno sería dominante.¹⁸

¹⁶ Ver Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969.

¹⁷ Roger Vekemans. *Marginalidad, incorporación e integración*, Cuemavaca, CIDOC (Cuaderno, 34), 1969.

¹⁸ Marta Hamecker. *Los conceptos fundamentales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, múltiples ediciones.

A estos desarrollos se sumaron las versiones de la teoría de la dependencia, que buscaban anclarse en los análisis del imperialismo a partir de Lenin y mostrar los mecanismos actuales de dominación internacional del capital.¹⁹

Como he pretendido mostrar, la idea del desarrollo nacional, difundida en todos los países periféricos durante la segunda postguerra,²⁰ se constituyó en el motor de las ciencias sociales en América Latina, dando lugar al surgimiento de un conjunto de profesiones y disciplinas científicas nuevas en la región alrededor de un paradigma "desarrollista". La Revolución Cubana y sus repercusiones dieron lugar a la constitución de un segundo paradigma, el "dependentismo". Sin embargo, los problemas de la revolución, la estructura de clases y el socialismo se agregaron como vía alternativa de solución a los problemas del desarrollo. Esto se reflejaba muy claramente en la propuesta política que diez años después de la Revolución Cubana pretendía recoger la experiencia en una "vía" alternativa, sin lucha armada: "En Chile las recetas 'reformistas' y 'desarrollistas' que impulsó la Alianza para el Progreso e hizo suyas el gobierno de Frei no han logrado alterar nada importante".²¹

Este complejo de repercusiones de la noción de desarrollo nacional ha sido desvalorizado por la ideología liberal o neo-liberal que domina hoy el ambiente intelectual latinoamericano. Cómo se produjo el desplazamiento de un conjunto de ideas por otro es algo que podemos tratar sólo muy someramente aquí. Sin embargo, el sentido de reconstruir esta trayectoria obedece a la existencia de una corriente que busca revalorizar la contribución histórica de los desarrollistas y los dependentistas, así como actualizar su pensamiento,²² partiendo del hecho de que el periodo de dominación de las ideas desarrollistas coincide con el de mayor y más rápido desarrollo, en su sentido más complejo (es decir, no sólo como crecimiento), que han conocido las economías latinoamericanas en toda su historia.

La situación de las ciencias sociales latinoamericanas después de las crisis de los años setenta, no es comparable a la antes descrita. El análisis debe comenzar estable-

¹⁹ Ver los trabajos de Marini y Dos Santos, por ejemplo.

²⁰ Immanuel Wallerstein. "Development: Lodestar or Illusion?", en *Unthinking Social Science*, Gran Bretaña, Polity Press, 1991, pp. 104-124.

²¹ Programa básico de gobierno de la Unidad Popular, Santiago de Chile, diciembre de 1969.

²² Jaime Osorio, *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. México, Triana Editores, 1995; Francisco Zapata, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990 (Jornadas 115).

tiendo estas diferencias. Dos son aparentemente las principales: primero, el conjunto no está estructurado alrededor de contribuciones latinoamericanas al conocimiento hechas a partir de los propios problemas de la región, como era el caso con el desarrollismo y las teorías de la dependencia; segundo, los conceptos centrales del paradigma que aparece como dominante no conducen a enfoques interdisciplinarios sino, al contrario, impulsan la parcelación disciplinaria.

En el análisis del paso de una situación a otra queda por dilucidar la relación entre las derrotas políticas, militares e ideológicas. Vista la relación entre el pensamiento dependientista y desarrollista con gobiernos de orientación nacionalista o, incluso, socialista, es necesario preguntar si la derrota de los gobiernos de esas orientaciones condujo al cambio en los enfoques de los problemas o si, por el contrario, las limitaciones de esa forma de pensar los problemas latinoamericanos contribuyó a esas derrotas.

En todo caso, hoy las ciencias sociales latinoamericanas parecen dominadas, al igual que en el mundo en general, por la teoría económica neo-clásica, en lo que se ha llamado el paradigma neo-liberal. Esto es lo que produce la parcelación disciplinaria, en la que, por un lado, los problemas sociales no son parte de la discusión económica, sino, a lo más, efectos no deseados, como la pobreza creciente; y por otro, cada vez más a las distintas disciplinas de ciencias sociales se les proponen modelos de optimización y equilibrio, tomados de la economía dominante, como instrumentos conceptuales para el análisis de los aspectos más variados de la conducta humana.²³ En esto consisten las dos diferencias señaladas más arriba.

Sin embargo, al igual que en la situación general de las ciencias sociales en el mundo, los términos en que domina el paradigma dominante tienen que ser relativizados. Por una parte, los movimientos de fines de la década de los sesenta, en especial los de 1968, tuvieron un impacto en las ciencias sociales al generar problemas de conocimiento a partir de reivindicaciones, mientras que por otra, las contribuciones de las discusiones de los latinoamericanos acerca de su desarrollo y su dependencia impactaron en otras regiones y en ámbitos más generales de las ciencias sociales.²⁴

²³ Un ejemplo es cómo la ciencia política es reducida a estudios electorales: *marketing* electoral por un lado e ingeniería de sistemas electorales por otro.

²⁴ Un ejemplo de esto es el planteamiento de los sistemas históricos de Immanuel Wallerstein, cuyo primer volumen de *El moderno sistema mundial* apareció en 1974, siendo traducido al español en 1979 (Madrid, Siglo XXI).

Los conflictos en que se debaten las ciencias sociales hoy son de otro tipo. La evolución teórica, metodológica e ideológica plantea alternativas de reorganización muy distintas de las discusiones que animaron a estas disciplinas en América Latina, pero no desvinculadas de lo que fueron las preocupaciones centrales con las que ellas surgieron en las universidades de la región.²⁵

²⁵ Ver *Abrir las ciencias sociales*, informe de la Comisión Gulbenkian sobre la reestructuración de las ciencias sociales, coordinado por Immanuel Wallerstein. México, Siglo XXI Editores, 1996.